Quiero ser Santo

La santidad en la Iglesia según el modelo de María Santísima

Introducción

En alguna ocasión, mientras leía las páginas del Evangelio, me preguntaba: ¿realmente se puede vivir la santidad? La propuesta de Jesús: «*sean perfectos*» ¿es posible? Y aún suponiendo que esto fuera posible, ¿qué beneficio podría esperar de ello? ¿La vida eterna? ¿Es que la santidad, como nos la ha presentado la historia, consiste en una vida de renuncia, dolor, sufrimiento, para finalmente obtener la eternidad, o hay una manera diferente de vivirla?

Dos cosas me ayudaron a darme cuenta de que sí es posible ser santo, que es en la santidad donde se da la plena autorrealización del hombre y de que es precisamente en ella donde se alcanza la paz profunda y el gozo que no tiene medida. La primera, fue descubrir que la oración me pone en comunión con Dios, y que de ahí surge, como un río, la Vida en Abundancia. La segunda, descubrir que efectivamente, como nos lo recuerda el Apocalipsis en el capítulo 12, María Santísima es verdaderamente el gran signo de Dios que aparece en el firmamento del cristiano, y que desde su sencillez es capaz de mostrar e iluminar el camino de todos los que, como ella, acogen el proyecto de santidad propuesto por Dios al hombre.

Ahora, a través de este pequeño libro, quiero hacer partícipes de estas verdades a todos mis hermanos, de manera especial a los laicos discípulos de Jesús que viven en medio de este mundo carcomido por el materialismo, el subjetivismo y el secularismo avasallador que amenazan con arrancarle lo más preciado: la felicidad.

Para fundamentar mi postura ante Dios y la vida, he recurrido sobre todo a la Sagrada Escritura, fuente de verdad y de vida, a los santos que, en su tiempo y situación, supieron dar una respuesta congruente a Dios y, finalmente,

a tantos teólogos y escritores cristianos que, preocupados porque nuestro mundo viva en santidad, no dejan de proponer en sus escritos la gran empresa del hombre: SER SANTO.

Hacia la parte final destaco el papel trascendente de María en la historia de la salvación, pues su historia es la nuestra. Una historia en la que María se presenta como hija, madre, esposa, amiga y, principalmente, como el modelo perfecto que supo vencer todos los obstáculos para ser aquello a lo que todos los cristianos debemos aspirar: ser propiedad de Dios.

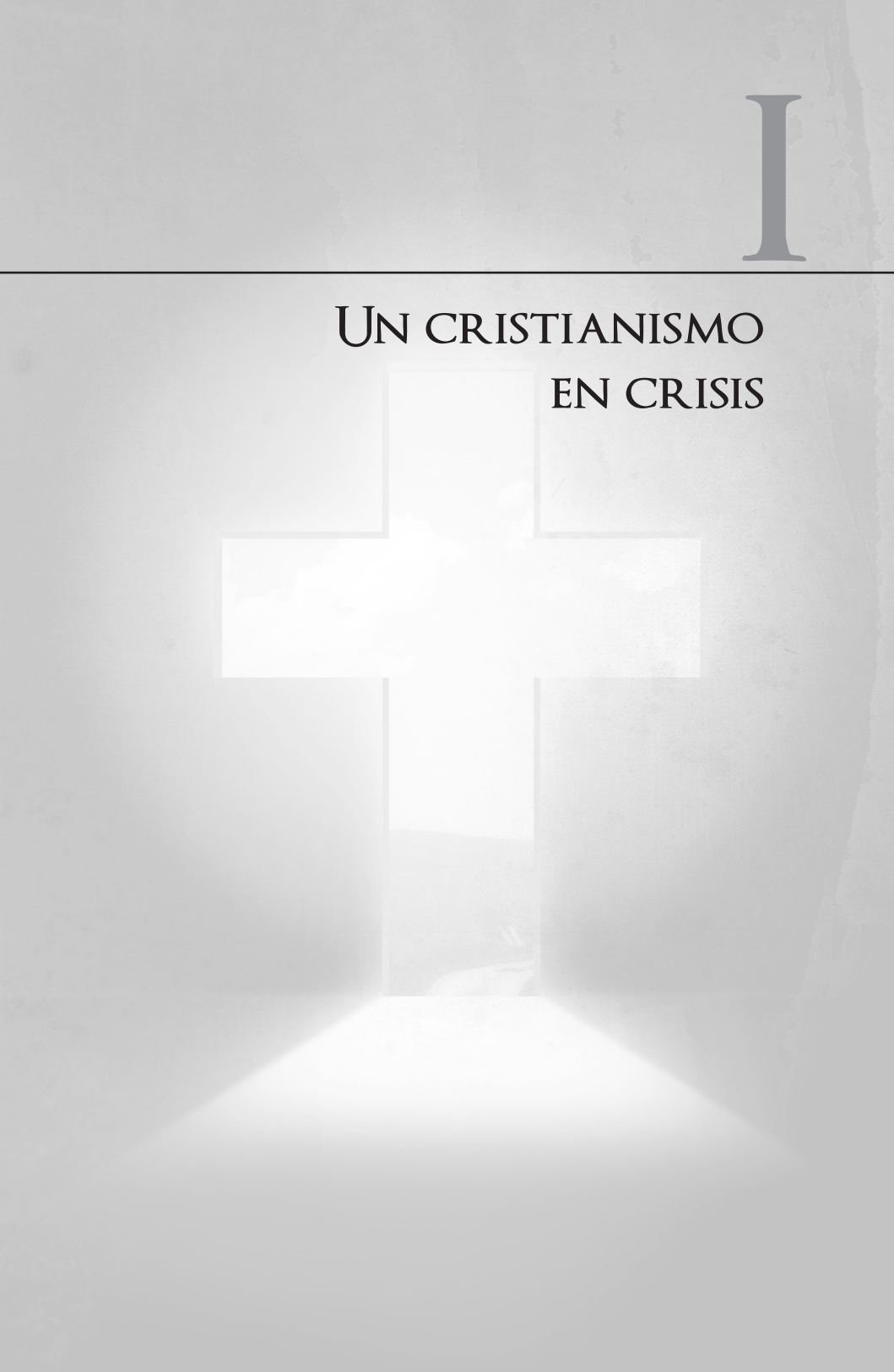
Dado que he querido aprovechar este libro para hacer madurar la fe y el deseo de santidad de mis hermanos laicos, es de carácter más expositivo que científico. En él he buscado presentar un panorama somero de la realidad humana y cristiana, así como un marco de referencia teológico que, a pesar de lo extenso que resulta, no pretende bajar a todos los detalles que quizás sería necesario tratar para promover una verdadera sed de santidad y ofrecer todas las respuestas y elementos necesarios para que esta sed pueda saciarse.

Espero que esta obra te impulse a entrar y redescubrir el modelo de la vida evangélica, aprendas a amar a Dios por sobre todas las cosas y a servir con solicitud a nuestros hermanos y que de esta manera, al ser patentes nuestras buenas obras, *el nombre de nuestro Dios será glorificado* (cfr. *Mt 5,16*).

Ernesto María Caro Osorio

I

Un cristianismo en crisis



I

Un cristianismo en crisis

A. El mundo de hoy

Inmersos plenamente en la historia de la que somos coartífices y corresponsables con los demás hombres, los cristianos somos testigos de cómo el odio, la insatisfacción, la angustia y el temor, continúan destruyendo despiadadamente la vida del hombre moderno; siendo que todo esto no debería tener ya cabida en la vida del hombre liberado por la muerte y resurrección de Jesucristo y hecho partícipe de la vida divina por medio del Espíritu Santo que se ha derramado en su corazón (cfr. *Rm 5,5*).

El hombre fue creado a "imagen y semejanza de Dios" y es llamado a vivir en comunión con su Creador, a participar de su exquisito amor y a disfrutar de la paz y de la alegría profunda en su corazón, producto de la comunión con Dios[1]. Sin embargo, según el Génesis, ya desde el paraíso decidió vivir su propio proyecto y vivir según sus propios criterios, siguiendo el consejo del mundo y alejándose de Dios (cfr. *Gn 3,1-13*).

Este es el origen de la tragedia del hombre que, teniendo todo para ser feliz en la comunión con Dios, muchas veces decide, como Adán, hacer su propio proyecto de vida y esconderse entre los árboles del Paraíso[2], construyendo así una realidad que, lejos de aportarle satisfacción, lo va sumergiendo en crisis depresivas cada vez más profundas.

---

1 «*La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios*»: **GS 19**.

2 «*Satanás lo ha engañado persuadiéndolo de ser él mismo Dios, y de poder conocer, como Dios, el bien y el mal, gobernando el mundo a su arbitrio sin tener que contar con la voluntad divina*»: **TMA 7**.

Y es que no podemos olvidar o fingir que no nos damos cuenta que el hombre solamente encuentra en Dios el único fundamento adecuado para la construcción de su dignidad, por lo que, cuando elimina este fundamento para dar paso al secularismo, éste no podrá conducirlo sino a las formas modernas de barbarie, como diría J.M. Velasco: «*La «muerte de Dios» tenía que acarrear necesariamente la muerte del hombre*»[3], y es por ello que, queriendo llenarse, se ha vaciado; queriendo construir, ha destruido; queriendo ser rico, se ha empobrecido; queriendo ser pleno y feliz, se encuentra insatisfecho y triste.

No necesitamos hacer un gran discurso para darnos cuenta de cómo gran parte de nuestro mundo vive hoy, de manera general, una vida desacralizada, carente de valores y en un proceso fuerte de autodestrucción cuya causa fundamental es muy compleja y multifacética[4], podemos encontrarla en la "actitud de indiferencia" que mantiene con respecto a Dios una muy considerable parte de nuestra sociedad (cfr. *Rm 1,18-28; GS 13 y19-21*).

Podemos decir que el hombre de nuestros días es una presa relativamente fácil que se deja atrapar por la vida "moderna", por el consumismo y el ateísmo práctico (cfr. *EN 55*), elementos que han venido destruyendo las raíces morales y culturales de nuestra sociedad. Un tipo de ateísmo

3 **J.M. Velasco,** "Espiritualidad cristiana en tiempos de increencia", *Revista de Espiritualidad* 48(1989) 434.

4 Sobre esto, Augusto Guerra, hace un excelente análisis de la situación espiritual contemporánea y cita, entre otras causas, un despertar al mundo con una serie de reacciones contrarias a las instituciones, en un afán de libertad desmesurado; el americanismo que ha aportado toda la modernidad existente con sus causas de desacralización, el contacto con la ciencia, los libros, la investigación; una desvalorización de la oración y supra valorización del trabajo; el modernismo que trajo nuevas inquietudes religiosas, búsqueda de nuevas experiencias religiosas, y el descubrimiento de una amarga experiencia eclesial, etc. **A. Guerra**, "Situación espiritual contemporánea", *Revista de Espiritualidad* 39(1980) 413-470. También se puede consultar sobre esta causalidad:
B. Secondin, *I nuovi protagonisti*, Paoline, Torino 1991, 109-126.

que, si bien no niega la existencia de Dios, sí vive al margen de la doctrina y de la moral, ya no digamos cristiana, sino incluso de cualquier religión que pudiera considerarse seria.

Sólo para darnos una idea de la magnitud del problema, M. Clevenot en su libro: "*El estado de las religiones en el mundo*", nos muestra cómo el número de adeptos a las religiones más importantes del mundo se ha multiplicado por cuatro desde 1900, mientras que el número de agnósticos y ateos se ha multiplicado por cuatrocientos en el mismo período[5].

En esta realidad de desconcierto y oscuridad en que viven grandes sectores de la humanidad, ésta se nos presenta, como nos lo hace ver el P. Secondin, como una multitud solitaria de viajeros sin equipaje, sin meta ni raíz. Una humanidad que ha desconectado en su vida los elementos vitales que pueden garantizar sus proyectos y metas, dándoles significado y razón para el futuro. Esto ha traído como consecuencia lógica un regreso al nihilismo[6], al estado de catástrofe y de horror imaginario; o quizás podríamos decir, de la cultura de lo efímero, de la superficialidad del presente, del egoísmo, del instinto y de la casualidad; de la búsqueda de poderes ocultos o de la espera milenarista y de las "religiones" que ven en todo el fin del mundo[7].

Podríamos decir, en pocas palabras, que cuando el hombre rechaza a Dios, o al menos lo margina en su vida, comienza para él un proceso de autodestrucción que lo sumerge en las cavernas del egoísmo opresor, del odio, del rencor, de la angustia, y que a la larga le priva, en la mayoría de los casos, de darle un auténtico y pleno sentido a su vida.

---

5 **M. Clevenot**, *L'etat de religions dans le mond*, La Decouverte-Le Cerf, Paris 1987, 14.

6 Negación de todo principio religioso, político y social.

7 **B. Secondin**, "Spiritualità Contemporanea e la sfida delle nuove culture", en *Esperienza e Spiritualità*, a cura di **H. Alphonso**, Pomel, Roma, 1995, 211.

B. ¿Y los cristianos?

Este estado de desconcierto de nuestro mundo no es ajeno a los cristianos del siglo XX, los cuales, en muchos casos, han perdido de vista el sentido de su bautismo, de su ser injertados en Cristo (cfr. *Rm 11,24*), llegando en algunas ocasiones, lamentablemente, a un verdadero divorcio entre la fe y la vida.

Por ello, no es raro encontrarnos con algunos hermanos para los cuales el bautismo, nacimiento a la vida nueva en el Espíritu (cfr. *Rm 6,4*), ha llegado a ser sólo un rito sin un compromiso de vida[8]; se les ha olvidado que no basta decir: «*Señor, Señor»,* para entrar en el reino de los cielos, sino hacer la voluntad del Padre que está en los cielos (cfr. *Mt 7,21) y* de hecho, dada la falta de una adecuada evangelización y catequesis en muchos sectores de nuestra comunidad, la mayoría nunca lo han sabido[9]. En este sentido, el P. Cantalamessa dice: «*Concibe a Jesús sin darle a luz, quien acoge la Palabra sin ponerla en práctica; quien hace un aborto espiritual detrás de otro, formulando propósitos de conversión que son después olvidados y abandonados sistemáticamente sin llegar a realizarlos nunca... es finalmente, quien tiene fe pero no tiene obras (St 1,23-24)»*[10].

Podríamos decir que la astucia y la sutileza del enemigo y de sus cómplices, proponiendo paraísos artificiales[11] y falsos mesianismos que sólo conducen a la muerte, han logrado convencer a muchos cristianos de la posibilidad de vivir un "cristianismo cómodo", sin compromisos; un cristianismo que podríamos llamar "mundano", lo cual, por supuesto, no es admisible por el Evangelio, ya que Jesús es claro cuando nos advierte: «*El que no está conmigo,*

8 «*Tout chrétien adhérant au propos divin fait naître Jésus en son Coeur [...] pas seulement comme un habitant de son coeur, mais pour une identification mystique, une identification d'amour»:* **R. Laurentin**, *Marie clé du mystère chrétien*, Fayard, Paris 1994, 79.

9 Cfr. **EN** 52; **DP** 342-346

10 **R. Cantalamessa,** María Espejo de la Iglesia, Edicep, Valencia 1991, 85.

11 **Juan Pablo II**, "Mensaje a los Jóvenes en san Juan de los Lagos, México", *Segunda vista pastoral a México*, CEM, 1990, n.176.

está contra mí y el que no recoge conmigo, desparrama» (*Mt 12,30*); y en el Apocalipsis: «¡*Ojalá fueras frío o caliente! pero como eres tibio, ni frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca*» (*Ap 3,15-16*). La vida cristiana siempre ha sido entendida en términos de crecimiento, transformación y desarrollo, pero más aún, en términos de radicalidad, como nos lo propone el Apocalipsis en la exhortación a las Iglesias (*Ap 2,1-3,22*). En cambio, la seguridad personal (estancamiento) y la desconfianza en Dios, nos recuerdan al hombre que queriendo salvar su vida la perdió (cfr. *Lc 9,24-25*). El crecimiento en Cristo no permite detenerse[12], porque detenerse en la vida del Espíritu siempre será retroceder.

La queja que podríamos tener contra algunos de nuestros hermanos cristianos, es la falta de congruencia entre lo que creen y lo que viven[13]. Esto no es lo que enseñó Jesucristo. Fe y vida son una sola cosa; palabras y acciones van unidas, sobre esto ya advertía el apóstol Santiago (cfr. *St 2,14-26*). Y es que Jesús no les daba a sus discípulos grandes lecciones sobre el amor, como lo hacían los filósofos de su tiempo, sino que se concretaba a amar; no sólo les hablaba sobre el perdón (cfr. *Mt 18,21-35*), sino que con su vida les enseñaba lo que esto realmente significa (cfr. *Lc 23,34*), de manera que sus actos estaban siempre unidos a su palabra. Por eso, y con gran razón, decía san Cipriano, refiriéndose precisamente a esta congruencia de vida: «*Nosotros no somos*

12 **J. Navone**, *Freedom and Transformation in Christ*, Pug, Roma 1985.

13 Sobre esta incoherencia cristiana, en la América Latina, que seguramente puede decirse de la gran parte del mundo, la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) en Puebla decía: «*Grandes sectores del laicado latinoamericano no han tomado conciencia plena de su pertenencia a la Iglesia y viven afectados por la incoherencia entre la fe que dicen profesar y practicar y el compromiso real que asumen en la sociedad. Divorcio entre fe y vida agudizado por el secularismo y por un sistema que antepone el tener más, al ser más*»: **DP 783.** Argumento que santo Domingo ratificará al comprobar cómo después de 10 años se mantiene este divorcio entre la fe y la vida: «*La consecuencia de todo esto es una falta de coherencia entre la fe y la vida en muchos católicos, incluidos, a veces, nosotros mismos o algunos de nuestros agentes pastorales*»: **SDm 44**.

filósofos en las palabras sino en los hechos; no decimos grandes cosas, pero las vivimos»[14].

Ante este divorcio de fe y vida, algunos cristianos han permitido que su luz se apague y que su sal no sale; de ser guías para el mundo se han convertido en seguidores de éste, de ser fuente de vida, se han transformados en cisternas agrietadas (cfr. Jr 2, 13). Es difícil ver hoy en día el rostro de aquella fogosa Iglesia que gritaba a los cuatro vientos la gran noticia de que su Maestro vivía en medio de ellos, de esa Iglesia que no sólo hablaba de Jesús sino que vivía como él. ¿Se podrá decir que nuestro mensaje se conserva tan puro como el de los primeros cristianos? ¿Se puede afirmar que nuestro testimonio está siempre en el mismo grado de «conformidad con el Evangelio de Cristo»?[15]. ¿No será más bien que lo que debía ser radicalidad, ha venido a ser tibieza[16]?

La asamblea cristiana debe reunirse para celebrar la muerte y la resurrección de su Señor (cfr. *Lc 22,19*) y de esta manera mostrar al mundo el modelo de lo que será el Reino Eterno al que está llamada toda la humanidad, un reino de amor y caridad, de paz y de justicia (cfr. *Rm 14,17*); en donde todos son hijos del mismo Padre y por ello hermanos entre sí, donde el Espíritu que comunica la vida los hace ser ciudadanos de otro mundo. No es difícil constatar que hoy en día algunas comunidades celebrativas nos presentan una comunidad de muertos en vida, una masa informe que "asiste", más que por encontrarse con el Dios que lo ha salvado y participar de su vida en abundancia, para no faltar a la ley, que dice: «*Asistirás a misa entera todos los domingos*

14 **San Cipriano**, *de Bono Patientiae,* c.3. Citado por: **H. de Lubac,** *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro, Madrid, 1980, 236.

15 ***Ibid.*** 177.

16 Con todo esto no pretendemos presentar a la Iglesia primitiva como la Iglesia "ideal" y "perfecta", ya que aun en ésta existían muchos problemas, como nos lo revelan los escritos apostólicos; por otro lado somos conscientes que la plenitud será sólo posible en la parusía.

y fiestas de guardar»[17], ya que de no asistir pone en riesgo su salvación eterna (pues se comete pecado grave). Pensemos por un momento qué pensarían de nosotros, cristianos del siglo XX, los cristianos que durante las numerosas persecuciones que se han dado en la historia de la Iglesia han dado su vida gustosamente al ser sorprendidos participando en la Eucaristía. Es triste comprobar que lo que decía Julien Green, quien solía espiar a los cristianos cuando salían de misa, es verdad: «*Bajan del Calvario y hablan del tiempo*»[18].

La oración, para muchos cristianos, ha dejado de ser un momento de encuentro con Dios para convertirse en una sucesión de frases monótonas dichas de labios para afuera que poco o en nada, afectan su vida[19]. Por ello, es triste comprobar que el cristiano de hoy no reza o reza muy poco. El *Padrenuestro*, la oración por excelencia enseñada directamente por Jesús ante la petición de sus discípulos «*enséñanos a orar*» (*Lc 11,1*), ha sido repetido por nosotros tantísimas veces que, como dice el P. Cabodevilla, se ha convertido en una moneda que ha circulado demasiado, su efigie se ha desgastado; se trata de un rostro hoy imposible de reconocer (lo cual podemos decir también del *Avemaría* y de muchas otras plegarias). Pensemos por un momento en el respeto que envolvía la recitación de esta plegaria dentro de la liturgia de san Juan Crisóstomo, que como preparación a ésta decía:*«¡Oh Señor!, dígnate concedernos que con alegría y sin temeridad, osemos invocarte a ti, Dios de los cielos, como Padre y que digamos: Padrenuestro....»*[20].

Para los cristianos, la Palabra de Dios debe ser precisamente eso: "Palabra de Dios". Palabra que no tiene doblez. Palabra que es exigencia y radicalidad, como espada

17 Cfr. **CIC** 2180-2183 y **CDC** 1247.

18 Citado por: **J.M. Cabodevilla,** Discurso del Padrenuestro, Bac, Madrid 1986, 11.

19 «*Lodarlo [a Dio] non è solo compito della voce, ma di tutta la vita*»: **G. D'urso, "**Chiamati a rendere gloria a Dio", *Rivista di Ascetica e Mistica* 50(1981) 328.

20 **H. de Lubac,** *op.cit.*,13.

de doble filo que parte por la mitad el corazón del hombre y pone al descubierto hasta sus más profundos sentimientos (cfr. *Heb 4,12*). Hoy en día, sin embargo, se constata cómo muchos cristianos ven con ligereza esta Palabra Divina. Quizás sea porque estamos tan acostumbrados a que nuestro lenguaje expresa las cosas en un grado superlativo, que tenemos la tentación de hacer lo mismo con la Palabra de Dios, y así por ejemplo, cuando decimos que «morimos de risa», lo que en realidad queremos decir, no es que moriremos o que expiraremos, sino simplemente que nos da mucha risa. En cambio, cuando la Palabra de Dios dice: "Perdona setenta veces siete" *(Mt 18,21-22*), la realidad que expresa va mucho más allá de los números, pues la invitación de Jesús es a perdonar siempre. Sin embargo, nosotros nos sentimos atraídos a minimizar la expresión y no falta quien diga que se refiere sólo a perdonar cuando verdaderamente haya razón para hacerlo[21]; o quizás pudiera ser, porque nosotros, como en el Paraíso nuestros primeros padres, haciendo caso al demonio, nos hemos dejado engañar, llegando a pensar que Dios es un mentiroso, y que el salario del pecado no es la muerte, cosa totalmente contraria a lo que nos dice la Palabra de Dios (cfr. *Rm 6,23*).

Los criterios de algunos de los cristianos se han identificado de tal modo con el mundo que van de acuerdo con sus enseñanzas. En no pocas ocasiones, es difícil distinguir, por su manera de pensar, de hablar y de vivir a aquellos que realmente pertenecen a Cristo. Hoy, desgraciadamente, no es más importante lo que dice Jesús en el Evangelio que lo que pudiera decir algún filósofo moderno, algún doctor o algún científico. Consciente de esta realidad, el Papa Juan Pablo II, en su encíclica "*El esplendor de la Verdad*", repropone al hombre moderno, y de manera especial al cristiano, como única fuente de la

21 **G. D'urso,** *art.cit.*, 325.

verdadera sabiduría, a Dios, invitándolo a acercarse a Cristo, fuente de Luz y sabiduría eterna, para preguntarle: ¿qué se necesita para ser feliz?[22].

Por desgracia, no son pocos los casos en que la Iglesia de hoy no se ve, o al menos no con la claridad que debería, como la Esposa Inmaculada, como el Cuerpo Santo de Cristo, como la "Llena de Gracia", como una verdadera familia de caridad y de amor que busca la perfección. Más bien, muchas veces aparece ante los ojos del mundo como una organización humana hecha de ritos, leyes, doctrinas y ministros, y quizá esta sea la causa por la que pierde hoy tantos de sus hijos y tantas simpatías[23].

El P. De Lubac afirma: «*¿Cómo van a poder suponer que la Iglesia perpetúa verdaderamente en la tierra la obra del Hijo de Dios, que vino al mundo a liberar al género humano del demonio que lo tenía oprimido, si no se lo demostramos nosotros mismos con los hechos, por medio de las "Nuevas costumbres del Evangelio", que para nosotros ha pasado ya la antigua servidumbre y que todo ha sido renovado?.... ¿Cómo van a poder reconocer que una determinada comunidad cristiana es la portadora del mensaje salvador, si ven que se comportan igual que un partido, una secta o un clan; si su rudeza, sus vanidades o sus divisiones internas les ofrecen el bochornoso espectáculo de un catolicismo sin alma? ¿Cómo van a poder ser atraídos por unos hombres que dicen que están poseídos por el Espíritu Santo, pero que no parecen tener otra ocupación que la de crucificar de nuevo Aquel a quien pretenden adorar?*»[24]. Sin esta congruencia de vida entre la fe y las obras, ¿cómo podremos mostrar al mundo que verdaderamente en el cristianismo está la respuesta a las interrogantes más profundas del hombre; que en la vida de la gracia, en la vivencia del Evangelio

22 «*El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo de sí mismo - y no sólo según pautas y medidas de su propio ser, que son inmediatas, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes, debe con su inquietud, incertidumbres e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo*»: **VS** 8.

23 **R. Cantalamessa,** *op.cit.,* 32.

24 **H. de Lubac,** *op.cit.,* 185.

se encuentra verdaderamente la alegría y la paz? Si el mensaje del cristianismo pierde fuerza no es porque el Señor haya abandonado a su Iglesia, sino más bien porque muchos cristianos han abandonado al Señor y su vida no da testimonio de su presencia.

Repito nuevamente, es triste que muchos cristianos hagan las cosas más por temor que por amor [25]; que no busquen ser santos, sino que se conformen simplemente con ser "bautizados", cuando estas dos palabras son sinónimas tal como nos lo deja ver san Pablo en las introducciones de sus cartas, en las cuales, al dirigirse a los bautizados, es decir, a los "cristianos", lo hace siempre con: "*A los Santos que están en...*" (cfr. *2Cor 1,1; Ef 1,1; Fil 1,1*). Esto nos deja ver que la santidad nunca ha sido una prerrogativa de unos cuantos, sino el patrimonio común de los bautizados. Hoy en día, sin embargo, parece más bien que sean pocos en la Iglesia los que están convencidos verdaderamente de estar llamados y obligados a crecer con un empeño firme y constante hasta alcanzar la santidad[26].

El P. Sullivan, siguiendo la doctrina de *LG 14*, afirma que se pueden distinguir dos clases de católicos (bautizados): los que, poseyendo el Espíritu de Cristo, están plenamente incorporados a la Iglesia; y aquellos que, no perseverando en la caridad, aun cuando continúan perteneciendo a la Iglesia no están totalmente incorporados a ella[27]. Si esto es verdad, resulta algo inadmisible. ¿Puede acaso una rama de la vid estar y no estar unida al tronco al mismo tiempo? ¿Es que una rama por la que no circula la savia del Espíritu, que es la caridad, puede estar viva? ¿O es que acaso Cristo está

25 «*No podemos negar que en la extensión de la indiferencia religiosa ha influido el hecho de que la acción pastoral de la Iglesia no haya ofrecido durante mucho tiempo al conjunto de los fieles, otras motivaciones que las del miedo a los castigos o el deseo de los premios eternos*»: **J.M. Velasco,** *art.cit.*, 437.

26 **F. Giardini, "**Sanctus Eris: La profondità di una chiamata", *Rivista di Ascetica e Mistica* 50(1981) 336.

27 **F.A. Sullivan,** *The Church We Believe In*, Paulist Press, Mahwah, N.J. 1988, 75.

dividido, es que su palabra fue primero un «sí» y luego un «no»? (cfr. *Jn 15,1-7; 1Cor 1,13; 2Cor 1,19*)[28].

Ya en tiempos de san Agustín, los donatistas pensaban que la santidad de la Iglesia requería que no se tolerara dentro de ésta a los pecadores, los cuales habrían de ser expulsados[29]. Y si bien esta doctrina fue condenada[30], ya que la Iglesia, siguiendo la enseñanza de su Maestro, es consciente de que siempre habrá justos y pecadores (cfr. *Mt 13,24-30*); tampoco podemos negar que la Iglesia, y cada uno de los miembros que la componen, debe ser santa, ya que ésta es la vocación a la que estamos llamados todos los hombres (cfr. *Rm 1,7*), por lo cual, lo menos que se podría esperar es un sincero esfuerzo por superar las debilidades y apartarse del pecado.

Todo esto que hemos dicho nos podría sonar ridículo, falso, exagerado e incluso, sin sentido. De hecho, no faltará quien busque negarlo o justificarlo, sin embargo, no podemos negar que a pesar de las luces que siempre han existido y existirán en nuestra Iglesia (como veremos más adelante), muchos cristianos han perdido el deseo de santidad, de radicalidad evangélica, y si alguien quisiera negarlo podríamos responder con dos pruebas fehacientes:

- La tristeza y el vacío en muchos cristianos; esa tristeza profunda y secreta que se esconde bajo la alegría obligatoria, que no deja de ser apariencia y que encubre la soledad profunda en la que viven muchos de nuestros hermanos[31] y que los lleva a buscar falsas salidas y paraísos artificiales en la droga, el sexo, la pornografía, el dinero y el poder.

---

28 «*L'action Française all'inizio del secolo XX affermava que uno può essere si cattolico, ma con ciò non è detto que debba essere cristiano*»: **K. Rahner**, *Corso fondamentale sulla fede*, Paoline, Torino 1990, 415.

29 **F.A. Sullivan,** *op.cit.,* 79.

30 **DDS** T. XIV, 1201; 1205; 1206; 2472-2476.

31 **M. Bellet, "**La rage de la perfection", *La Vie Sprituelle* 143(1989) 454.

- Por otro lado, la falta de persecución. Jesús les dijo a sus discípulos que serían perseguidos (cfr. *Lc 21,12; Jn 15,20*), y mientras que estos vivieron la radicalidad del Evangelio, esta palabra se cumplió en ellos[32], como se cumple en todos los que de manera seria empuñan el arado y no vuelven la vista atrás (cfr. *Lc 9,62*), en los que son capaces de vivir el Evangelio hasta las últimas consecuencias[33]. Hoy, sin embargo, vivimos relativamente tranquilos en medio del mundo y esto quizás sea debido a que somos tibios[34].

Si bien es cierto que somos un pueblo de pecadores, no podemos excusarnos en ello para deformar el rostro de Cristo y de su Iglesia y contentarnos con nuestra mediocridad sin aspirar a la santidad[35]. Por ello, no basta llegar a ser hijo de Dios, sino que debemos aprender a vivir como hijos en el Hijo; no basta ser bautizado, se debe ser santo; no basta decir: pertenezco a la Iglesia de Cristo, se debe construir el Reino; no basta decir: soy bueno, se debe ser santo.

C. Sean santos

Debemos ser sinceros con nosotros mismos y aceptar la palabra de Jesús que nos advierte que el camino que conduce a la santidad es estrecho, que sólo los aguerridos lo arrebatan (cfr. *Mt 7,14*), que su Evangelio muchas veces es incómodo y que requiere dejar todo aquello que estorba y dificulta la marcha (*Mc 10, 17-23*), pero que, sin embargo, es

32 Si bien es cierto que no podemos generalizar pues en la historia, incluso de la primera Iglesia, ésta gozaba de paz y armonía (cfr. *Hech 9,31*), tampoco podemos negar el hecho de que esta persecución fue claramente anunciada por Jesús para todos sus seguidores (cfr. *Mc 10,30*).

33 «*Il cristiano è colui che è sempre attaccato e contestato*»: **K. Rahner**, *op.cit.*, 514.

34 **H. de Lubac,** *op.cit.,* 162.

35 «*The Church is the people of God which, as consisting of real people, is inevitably marked by sin, but, as people of God, cannot fail to be holy*»: **F.A. Sullivan,** *op.cit.*, 67.

en este caminar en donde el hombre se realiza en plenitud. Escalando las alturas del bien, el hombre descubre cada vez más la belleza que implica la ardua fatiga de la santidad. Ciertamente es elevado y arduo el camino que conduce a la verdad y el bien que hace al hombre recobrar su imagen a semejanza de Dios; no es un camino cómodo, desafía al hombre, pero es en la lucha y en el apropiarse la victoria de Jesucristo, que se puede descubrir cómo precisamente en ella está la redención y la felicidad[36].

Si bien es cierto que la realidad que hemos presentado del mundo y de la Iglesia nos podría parecer oscura y desalentadora, no debemos olvidar la promesa de Jesús a sus apóstoles: «*Yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo» (Mt 28,20),* y de manera especial a Pedro: «*Los poderes del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16,18)*. Por ello, para el hombre de Iglesia, para el cristiano que busca con sinceridad al Señor, está siempre abierta la esperanza. Para él, el horizonte nunca está cerrado[37].Vista de esta manera la situación de incredulidad, lejos de ser un peligro, constituye una llamada urgente a la conversión personal sobre la que descansa la vida cristiana[38].

La historia del Pueblo de Dios es testimonio fehaciente de que Dios es fiel a sus promesas y no abandona a su Pueblo. Más aún, es en los momentos de mayor dificultad e incredulidad que Él se manifiesta con poder para reconducir a su Esposa y llevarla consigo al palacio Real (cfr. *Ez 16*). El Cardenal Ratzinger*, en un maravilloso comentario a *Is 55,10-11*, nos presenta la Palabra de Dios como «una palabra poderosa que fecunda la tierra». No importa qué tierra sea, es una Palabra que hace florecer el desierto, es

36 No obstante que el Cardenal en su libro utiliza en lugar de "santidad", la "verdad", considero que en el contexto que está escribiendo bien podemos usar sus palabras referidas a la perfección cristiana: **J. Ratzinger,** *La Iglesia*, Paulinas, Madrid 1992, 114.
37 **H. de Lubac,** *op.cit.*, 203.
38 **J.M. Velasco,** *art.cit.*, 447.

una palabra potente y capaz de convertir en "tierra santa" a su pueblo y por ello es como agua fecunda que no regresa a Él sin haber dado fruto: «*unos el 100, otros el 60 y otros el 30» (Mt 13,23)*.[39] El P. De Lubac llega a afirmar que cuando parece que se ofrecen señales de cansancio en la Iglesia, una generación secreta le prepara nuevas primaveras, y a pesar de todos los obstáculos que nosotros acumulamos, «*los santos resplandecerán siempre*»[40].

La incredulidad y la falta de santidad en nuestro pueblo puede y debe ser considerada por los creyentes de una nueva forma: como reto y desafío. Exige interpretarla a la luz de la fe, no sólo como un peligro o una tentación, sino como un hecho a través del cual el Dios que conduce la historia nos está llamando a un cambio profundo en la realización de la fe y a una transformación de las mediaciones de todo tipo en que se encarna. Aceptar una situación de dualismo en la vida dada por la falta de fe congruente en nuestros cristianos, constituye un reto que significa, en categorías teológicas, estar dispuesto a ver en ella un «signo de los tiempos» a través del cual el Espíritu está interpelando a los creyentes[41].

Esta fue la actitud que impulsó al Papa Juan XXIII, quien movido por el Espíritu Santo y ante un estado generalizado de incredulidad, anunció la apertura del Concilio Vaticano II, invitando con ello a renovar la Iglesia y a dar cabida a una acción más amplia y libre del Espíritu Santo. La respuesta fue un Concilio que se podría catalogar como una nueva primavera para la Iglesia. Los Padres Conciliares nos

---

39 «*Il ne peut y avoir en elle [l'Eglise] de fécondité que si elle se place sous ce signe, si elle devient terre sainte pour la Parole de Diew*»: **J. Ratzinger,** *Marie Première Eglise,* MEDIASPAUL, Québec 1987, 14.

40 **H. de Lubac,** op.cit., 187.

(*****) N.E. Al momento de escribir el libro, Joseph Ratzinger es el responsable de la Congregación para la Doctrina de la Fe; tomemos en cuenta que al momento de la publicación es el actual Papa Benedicto XVI.

41 **J.M. Velasco,** *art.cit.*, 445-447.

hacen ver cómo Dios la colmó de dones divinos para que aspire y llegue a la plena perfección de Dios (*LG 7*), esto es, la santidad. Expresión de este sentir de los obispos es el capítulo V de la *Lumen Gentium* dedicado exclusivamente a tratar la vocación universal a la santidad en la Iglesia, ya que Dios quiere que TODOS seamos santos (cfr. *1Tes 4,3*).

A partir de este capítulo, que servirá de base para otros tantos documentos que impulsarán la santidad en la Iglesia, la santidad será considerada como un programa de vida que se ofrece a todos los hombres, reemplazando el esquema tradicional de: «laico - religioso - santo», por el de: «santo - no santo»[42]. De esta manera, la santidad, en el futuro de la Iglesia, no podrá más ser considerada como una excepción o un privilegio dentro de la vida cristiana[43], sino como un derecho y una obligación (*LG 42*). La santidad, que a lo largo de siglos había llegado a convertirse en patrimonio exclusivo de algunos cuantos privilegiados, hoy nuevamente se presenta como un don universal[44] dado al hombre y que se manifiesta de muchas y muy diversas formas[45], las cuales tienen un mismo

42 **C. Boureux**, "Du particulier à l'universel: la sainteté à Vatican II", *La Vie Spirituelle* 143(1989) 536-538.

43 **F. Chiovaro, "**Tipologie de la sainteté chrétienne", *La Vie Spirituelle* 143 (1989) 429.

44 «*Par rapport à cette évolution séculaire, notre temps offre un indéniable retour la sainteté anonyme et communautaire*»: **J.P. Jossua, "**Pour réfléchir sur la sainteté", *La Vie Spirituel* 143(1989) 5-11.

45 Ver **M. Pinchon, "**Peuple de Dieu, peuple de saints", *La Vie Spirituelle* 143(1989) 561-568. El artículo, narra la experiencia cristiana de la Comunidad de Base en Latinoamérica, como una experiencia profunda de conversión y de vida cristiana a la usanza de las primeras comunidades, bajo las más diversas formas de santidad. Escribe a propósito: «*Un peuple de saints comme on en parle dans les récits de l'Eglise primitive, dans les Actes des Apôtres, dans les lettres de sain Paul*». La cual tiene como elemento santificador al Espíritu Santo: «*L'Esprit de Dieu est à l'œuvre dans ce peuple et il continue, dans toutes sortes de circonstances et par toutes sortes de moyens, à le rendre saint, révélateur de l'essentien*». Viven en una completa alegría de saber que Jesús ha resucitado: «*Dans une paroisse, les chrétiens décide de déposer le corps mort du Christ de la grande croix qui est dans l'église. Et ils écrivent au pied de cette croix: "Il est ressuscité, il n'est plus ici"*».

elemento en común: la perfección en la caridad[46].

Si bien es cierto que el camino después del Concilio ha sido lento y fatigoso, podemos ver con gran alegría los primeros frutos de la renovación de nuestra Iglesia en todas sus áreas. La constitución dogmática sobre la liturgia, *Sacrosanctum Concilium,* ha traído consigo una nueva primavera a nuestras celebraciones, revelándose los sacramentos desde una perspectiva menos ritualista y más vivencial, lo cual está dando un nuevo impulso a la liturgia y a la vida de la gracia entre los fieles[47].

La nueva visión del hombre aportada por el Concilio en la *Gaudium et Spes*, el retorno a la Sagrada Escritura promovido por la *Dei Verbum,* como fuente de toda la teología y de la vida cristiana, una nueva concepción de Iglesia como cuerpo y comunidad de vida, así como el redescubrimiento de la acción santificadora y operante del Espíritu Santo en la Iglesia de la *Lumen Gentium*, han generado el nacimiento de numerosos grupos, que desde esta nueva perspectiva, han retomado el compromiso de liberar, servir y santificar al hombre desde el Evangelio y en la Iglesia.

La gracia de Dios nos posibilita reemprender el camino. Sin embargo, es necesario que nuestra responsabilidad moral la haga operante. Para ello deja abierta la puerta a la imaginación y a la creatividad[48]. El Espíritu Santo, siempre inquieto en la Iglesia, genera y promueve nuevas iniciativas que van mostrando al creyente nuevos caminos

46 **C. Boureux**, *art.cit.*, 540.

47 «*Oggi la vita secondo lo Spirito sta entrando, anche se lentamente, nella nostra esperienza quotidiana, sta facendo parte della nostra mentalità cristiana e della nostra educazione religiosa, e tutto questo attraverso il rinnovamento della Liturgia, specialmente della Messa*»: **H. Bourgeois,** *L'avvenire della cresima,* Roma, 1963. Citado por: **D. Abbrescia**, "La vita secondo lo Spirito", *Rivista di Ascetica e Mistica* 49(1980) 29.

48 «*La grâce rend simplement capable de faire le bien, mais elle ne se substitue pas à la responsabilité morale de l'individu. De plus, la loi morale envisagée de cette façon laisse le champ libre à l'imagination, à l'adaptation de chacun aux situations qu'il à vivre*»: **J.M. Gueullette, "**Le traité de la loi nouvelle et la vie Spirituel*", La Vie Spirituelle* 147(1993) 702.

de santidad y perfección, de manera que nadie pueda decir: «*yo no encuentro un lugar donde crecer espiritualmente, no encuentro un camino apropiado a mi situación o estado de vida particular que me conduzca a la santidad*». Ejemplos de ellos podrían ser[49]:

- El *movimiento de Focolari*, que aún nacido antes del Concilio con la aprobación Pontificia en 1962, toma una grande fuerza extendiéndose en 180 países en una búsqueda y un esfuerzo por vivir desde el laicado la santidad y la radicalidad del Evangelio en una vida de comunidad.

- Los *Cursillos de Cristiandad*, que nacen como un movimiento de evangelización Kerigmático-profético en España, están actualmente difundidos en casi todo el mundo; mediante una concientización del cristiano en lo que se refiere a sus compromisos bautismales, buscan evangelizar el ambiente en el cual se encuentra el cristiano inmerso.

- Las *Comunidades Neocatecumenales*, que nacen en Madrid en 1964, definidas por Juan Pablo II como: «*Realidad garante del Espíritu en nuestros días*», proponen un camino largo de conversión en comunidad, en una búsqueda sincera de llegar a formar una verdadera comunidad cristiana.

- La *Renovación Cristiana Católica en el Espíritu Santo*, nace en Estados Unidos por el año 1966. A diferencia de otros movimientos eclesiales, no tiene un fundador, sino que aparece como un fenómeno espontáneo en diferentes partes de la Unión Americana y hoy se encuentra esparcido en prácticamente todo el mundo. El movimiento, de carácter también Kerigmático, se basa principalmente en grupos pequeños de oración desde donde se busca renovar la vida personal y la de la comunidad.

---

49 Para profundizar sobre el tema se puede ver: **B. Secondin,** *I Nuovi Protagonisti*, 81-95; así como: **A. Favale,** *Movimenti ecclesiali contemporanei*, LAS, Roma 1991; de donde he tomado algunos de los datos presentados arriba.

- Finalmente, los *Movimientos de Liberación*, difusos principalmente entre el llamado "Tercer Mundo", que bajo una relectura de la Sagrada Escritura, en el orden de la liberación de los oprimidos, buscan concientizar de esta realidad salvífica a todos los cristianos.

Sería simplemente imposible en este apartado mencionar siquiera a todos los grupos e iniciativas que después del Concilio se han despertado en este afán por renovar la fe y la espiritualidad de la Iglesia, por lo que bástenos lo dicho para darnos cuenta de esta toma de conciencia por parte del pueblo de Dios de la necesidad de llegar a la santidad.

No obstante todo lo dicho, se hace necesario un incesante esfuerzo de purificación en nuestra misma fidelidad y en nuestro amor, en nuestro celo por extender y defender a la Iglesia. Para ello, nada nos podrá ayudar más en esta tarea, que el contemplar a la Virgen María[50], modelo de la Iglesia, modelo del cristiano, modelo de santidad.

50 **H. de Lubac,** *op.cit.*, 294.